

nación donde no se puede decir que esté aun pacífica, puesto que es necesario un poderoso ejército para impedir que se alce en armas.

Como conclusión á lo anterior añadiré que no soy enemigo de la instrucción. He querido demostrar tan sólo que el género de educación aplicado en Europa no es eficaz para el hombre de civilización distinta y, sobre todo, para el que no tiene ninguna civilización.

No me he de ocupar aquí de las modificaciones que deberá forzosamente sufrir la educación europea para ser útil á las razas inferiores, y observemos solamente, y de pasada, que la educación técnica, primero, después nociones sencillas que comprendan los elementos del cálculo y algunas aplicaciones de las ciencias á la agricultura, á la industria y á los oficios manuales, según las regiones, deberán constituir las únicas bases de su instrucción. Les interesará sin duda esto más que la genealogía de los reyes de Francia ó las causas de la Guerra de los Cien Años y sacarán de ello mucho más provecho. Si yo no formulo programas más detallados es por que tengo clara noción de la perfecta inutilidad de todo lo que sobre esto pudiera escribirse.

CAPÍTULO III

Resultados psicológicos de las instituciones y de las religiones europeas sobre los pueblos inferiores.

Nuestra educación europea tiene por resultado invariable desmoralizar al indígena y transformarle en enemigo encarnizado del europeo sin elevar su nivel intelectual. Dejando á un lado esos efectos de la educación europea sobre el indígena, que trataré de explicar más adelante, estudiaremos ahora otro factor de asimilación, investigando la influencia que las instituciones europeas pueden ejercer sobre los indígenas de las colonias.

La creencia de que se puede transformar un pueblo cambiando sus instituciones, se halla tan arraigada en Francia que es difícil discutirla. Con nuestras preferencias por la uniformidad—ya que no en la duración, por lo menos en el espacio—creemos siempre inmejorables nuestras actuales instituciones, y por temperamento nos inclinamos á imponerlas á los demás. Fundadas generalmente en abstracciones, y deducidas de la razón pura, nuestras especulaciones políticas y sociales adquieren rápidamente á nuestros ojos la autoridad de verdades reveladas. Como los apóstoles, sentimos la necesidad de propagarlas para felicidad del género humano.

Como la mayor parte de las naciones civilizadas se han mostrado bastante retraídas á nuestras lec-

ciones, hemos tenido que circunscribirnos á nuestras posesiones coloniales, afrancesándolas á la fuerza. Y los resultados que se han obtenido son del mayor interés para los filósofos.

Nuestras teorías nos han conducido progresivamente á considerar nuestras colonias como grandes provincias francesas, sin que se tenga en cuenta la población que las habita. Negros, amarillos, árabes, incluso los salvajes deben gozar de los beneficios de los *Derechos del hombre* y de los grandes principios. Todos disfrutan del sufragio universal, de los consejos municipales y provinciales, de los consejos generales, de tribunales de todos los grados, de diputados y senadores que les representan en nuestras asambleas. Negros, casi emancipados, y cuyo desarrollo cerebral puede asimilarse al de nuestros antepasados de la edad de piedra, se ven mezclados en todas las complicaciones de nuestras formidables ruedas administrativas.

Este régimen funciona desde hace bastante tiempo, y esto permite apreciar sus efectos, que son indiscutiblemente desastrosos. Países antes prósperos han caído en la mayor decadencia, y las estadísticas nos los muestran reducidos á vivir de la asignación del presupuesto que les concede la metrópoli, y no cesando de oírse, por boca de sus representantes oficiales, exigentes lamentaciones.

No obstante haber sido la asimilación causa de la ruina de nuestras colonias, todos reclaman una asimilación mayor de la que hoy existe.

No creamos, sin embargo, que nuestros súbditos de allende los mares sean tan cándidos como su lenguaje hace suponer. Cuando exigen la asimilación no es porque admiren las ruedas complicadas de nuestro sistema administrativo y judicial, sino que

desean ser asimilados para disfrutar de las ventajas pecuniarias del régimen y no las cargas que de él se deducen. En lugar de construir, á sus expensas, caminos, puertos y canales, como se hace en las colonias inglesas, los indígenas desearían vivamente que el Estado se encargase de realizar esos trabajos públicos sin verse obligados á pagar nuestros impuestos. Estar asimilados significa para nuestras colonias llegar á ser pensionistas del Estado, considerado como una especie de providencia todopoderosa, con inagotables tesoros. Sus deseos, en este respecto, los expresan con un candor que no deja lugar á dudas y que se resumen claramente en la frase siguiente, emitida por un presidente del Consejo general de la Reunión: «Deseamos la asimilación progresiva de la colonia á la metrópoli y su transformación en una provincia francesa, pero *sin que esta asimilación pueda obligarnos á los mismos impuestos que aquellas pagan en Francia.*»

* * *

El sistema de la asimilación, seductor en teoría por su aparente sencillez, presenta, por el contrario, en la práctica una extraordinaria complejidad.

Nuestras instituciones administrativas y judiciales son muy complicadas, porque responden á necesidades no menos complicadas, de una civilización muy antigua. Hemos nacido, y vivimos con ellas y, sin embargo, no paramos de censurar la lentitud y la injusticia de la administración ó del procedimiento. ¡Á qué formalidades están sometidos en las naciones civilizadas los actos más inevitables, como el nacimiento, la muerte y el matri-

monio! En Francia mismo ¿hay muchos ciudadanos que conozcan á fondo las atribuciones de un concejo municipal, de un juez de paz, de unos tribunales de primera instancia ó de casación? ¡Y que-reis entonces que un desgraciado negro, un árabe, un anamita, se represente el funcionamiento de tantas ruedas engranadas, que debe aceptar de repente y en conjunto! Pensad en todas las nuevas obligaciones, que tiene que cumplir so pena de ser multado; en los numerosos funcionarios con quienes va á estar en relación, y que le acechan en cada acto de su vida. No puede vender ó comprar un pie de terreno, ni reclamar una deuda á su vecino, sin realizar formalidades largas y costosas. Habeis sometido al bárbaro, al hombre medio civilizado, á unas series inexplorables de engranajes. Hasta ese momento no conoció más que instituciones sencillas, en perfecta relación con sus necesidades: una justicia sumaria, pero poco costosa y rápida; impuestos cuyos mecanismos conocía, á los cuales estaba habituado y que no encerraban nada de imprevisto. Ignorante de todo lo que supusiere trabas ó inconvenientes para el desarrollo de su vida, ya que el lejano poder absoluto de un jefe no significaba generalmente nada de directo ni de real, estima que la pretendida libertad con que le queremos beneficiar se presenta en forma esencialmente tiránica.

Estas objeciones no disminuirán el celo de nuestros teóricos, que se creen en el deber de hacer la felicidad de los pueblos, aunque estos se opongan. Nuestras colonias deben prescindir de toda clase de escrúpulos y aceptar voluntariamente ó por la fuerza los beneficios de nuestras complicadas instituciones.

Para mantener éstas, se envían legiones de funcionarios. En realidad, este es nuestro único artículo de exportación. En la Martinica, donde el 95 por 100 de la población es negra, existen ochocientos funcionarios franceses. En las tres ó cuatro pequeñas poblaciones de la India que pertenecen todavía á Francia y cuyos habitantes son exclusivamente indios, tenemos, además de un diputado y un senador, más de cien funcionarios, treinta y ocho de ellos magistrados. En Indo-China forman un ejército.

Todos salen de Europa animados del mayor celo, pero no tardan en convencerse que es utópico pretender que un pueblo reniegue de sus instituciones para adoptar las de otros. Sus tentativas en este sentido sólo han dado como resultados la anarquía. Para solucionar dificultades de todo género, cada cual trataba de ensayar un sistema que conciliase los opuestos intereses y que naturalmente no satisfaría á ninguno.

De vez en cuando, un gobernador enérgico é inteligente, barría sin compasión la masa compacta de los burócratas, y la colonia respiraba por un momento. M. Constans, en la Indo-China, suprimió de un solo golpe tal cantidad de empleados que con ellos podría haberse formado un pueblo, y realizó en este capítulo una economía anual de 8 millones. Claro está que en cuanto se marchó volvieron los cesantes á sus destinos.

El fracaso de los funcionarios no puede únicamente atribuirse á incapacidad, sino también á la absurda misión que se les encomienda realizar. Salen de Francia á fin de aplicar instituciones á pueblos que no son capaces de aceptarlas ni comprenderlas. Desde lejos, su misión les parece sencilla,

pero una vez en su puesto, no tardan en descorazonarse ante la realidad de su absoluta impotencia. Los gobernadores mismos renuncian á esta pesada tarea. En una ocasión, en un período de seis años, se han sucedido en Indo-China quince gobernadores generales, ó sea uno cada cinco meses. Si en la actualidad permanecen más tiempo es porque se conceden esos puestos á hombres políticos influyentes y están espléndidamente remunerados.

En cuanto se nombra un nuevo gobernador, este, aleccionado por el desastroso fracaso de su antecesor, ensaya un sistema diferente que no da ningún resultado beneficioso. No siempre, sin embargo, aplica su propio criterio, sino el que le impone el telégrafo. El gobernador, citado anteriormente, hacía observar en un interesante discurso pronunciado en la Cámara de los Diputados que en un período de seis meses había tenido que obedecer á tres ó cuatro ministros «que le dictaban cada uno órdenes distintas».

Se adivinan fácilmente las consecuencias de tal sistema: primero la anarquía, é inmediatamente la revolución, ó por lo menos el odio profundo de las poblaciones.

Los testimonios en este respecto son unánimes.

La causa real de la piratería en la Indo-China, leemos en un libro publicado recientemente, no obedece á la idea del patriotismo que levanta las poblaciones indígenas contra el invasor, sino que se debe á nosotros. Nos hemos indispuerto con esas tranquilas poblaciones creando los agentes ejecutivos, alejando de sus tierras á los agricultores para convertirlos en jornaleros de nuestras colonias, quemando pueblos, tiranizando á los indígenas, estableciendo en todas partes y, especialmente, en los artículos de primera necesidad, contribuciones tres ó cuatro veces

mayores que el valor de los productos. La piratería es el resultado de las triquiñuelas de nuestros administradores y de los crímenes de los mandarines que nosotros encubrimos.

Este sistema no siembra sus tristes consecuencias únicamente en Indo-China. Pretendemos adaptar nuestra administración lo mismo en nuestras nuevas colonias que en las antiguas, y siempre con el mismo desastroso resultado. No quiero recordar—porque este ejemplo no es exactamente aplicable á lo que me propongo demostrar—que la última perturbación que hubo en Argelia, fué debida á la incomprensible disposición, en virtud de la cual se naturalizó de un golpe á toda la parte judía de la población. Pero citaré, según testimonios oculares, los hechos observados en Senegal. En una serie de artículos publicados por un gran periodista francés, M. Colin, se ve hasta donde puede conducir la manía de imponer nuestras instituciones á pueblos que no las desean.

Al atacar prematuramente la organización de la sociedad negra, dice M. Colin, provocaremos la guerra perpetua y sin cuartel, y tendremos frente á nosotros á todos los pueblos fetichistas y musulmanes, sin contar con que los esclavos también serán contra nosotros.

No tendremos una guerra duradera ni en el Senegal ni en ninguna otra colonia mientras visiblemente permanezcamos siendo los más fuertes; pero sí en cambio conseguiremos captarnos la animosidad de las poblaciones tan injustamente perturbadas.

Un prudente observador que ha habitado mucho tiempo en nuestras colonias, M. Poitou-Duplessy, antiguo médico de marina, decía:

La aplicación prematura del sufragio universal en las colonias, y el sistema de elección para todos los puestos principales han tenido por objeto poner el poder en manos de los negros, siete ú ocho veces más numerosos que los blancos, y gracias á la debilidad y pusilanimidad del poder de la metrópoli y de sus representantes, hacer inhabitables las islas para la raza blanca, predestinadas hoy á desaparecer. Es la vuelta fatal á la barbarie. Ahí esta para demostrarlo el ejemplo de Santo Domingo. Si se tiene en cuenta el número de electores que representa tal ó cual diputado colonial que legisla en París sobre nuestros más sagrados intereses, se llega á la notable conclusión de que un negro de las Antillas influye seis ó siete veces más en la balanza de los destinos de la patria que cualquier ciudadano francés.

Tales son los resultados de la aplicación de las instituciones europeas en los indígenas de las colonias.

Estudiadas la influencia de la educación y de las instituciones no queda por examinar más que la de las creencias religiosas.

Seré muy breve en lo que respecta á la influencia que podemos ejercer con ellas. Sería injusto acusar á nuestros actuales hombres de Estado de proselitismo religioso; han pasado los tiempos en que se tomaban las armas para defender á los misioneros que turbaban con sus predicaciones las instituciones sociales orientales. Por el contrario, quizás pudiese observarse la presencia de un proselitismo negativo. Pero en fin, á nuestros indígenas coloniales se les deja en completa libertad de practicar sus diferentes cultos. Trataré únicamente de esta cuestión, para completar mi demostración de que ninguno de

los elementos de una civilización superior puede imponerse á pueblos inferiores.

Para demostrar la poca influencia de nuestras ciencias religiosas sobre los orientales, basta citar algunas cifras; pero después de todo, son innecesarias ante las confesiones mismas de los misioneros.

Por lo que se refiere á los árabes, he citado ya el caso de los 4.000 huérfanos del Cardenal Lavignerie.

Educados en la religión cristiana, sustraídos á todo contacto indígena, la inmensa mayoría de esos huérfanos volvió al islamismo tan pronto como entraron en la pubertad.

Hechos semejantes ocurren en Oriente y especialmente en la India inglesa. En un congreso de la Iglesia anglicana, un canónigo, M. Isaac Taylor, se vió obligado á manifestar el fracaso de los misioneros anglicanos, que á pesar de los muchos años que han estado allí y de la protección del Gobierno y de los enormes gastos, no han reclutado más que un pequeño número de prosélitos y de las más ínfimas clases sociales. En los países musulmanes, en que los misioneros no pueden esperar el apoyo de sus Gobiernos, los fracasos son mayores aún. Después de diez años de esfuerzos y de haber gastado medio millón, en Arabia, Persia y Palestina no han podido obtener más que una sola conversión, la de una muchacha, notariamente conocida como semi-idiotas. Este ejemplo, unido á otros muchos, denuncia la imposibilidad en que estamos de hacer penetrar nuestras ideas, nuestras concepciones, nuestra civilización en los cerebros orientales por cualquier medio que sea.

Es importante hacer observar la impotencia de las creencias religiosas después del de la instrucción y de las instituciones. Pero, repito, no consti-

tuye para mi tesis más que un argumento accesorio. No soy en manera alguna enemigo de los misioneros, en los que respeto su valor y sus ilusiones, y que nos hacen, con frecuencia, grandes servicios en los países medio civilizados que poseemos, como por ejemplo Siria, en donde han difundido nuestra lengua por medio de sus escuelas.

Mi misión podría parecer terminada, después de haber demostrado que nuestra educación y nuestras instituciones, aplicadas á los indígenas de nuestras colonias, no han dado otro resultado que perturbar profundamente sus condiciones de existencia y transformarles en enemigos irreconciliables de los europeos.

Tales hechos son independientes de toda teoría; pero aquellas deben obedecer á causas que voy á tratar ahora de determinar. Los hechos no son jamás más que consecuencias de leyes muy generales que es necesario descubrir. Esto es lo que vamos á intentar ahora investigando las causas de nuestra impotencia para elevar al nivel de la civilización europea en los pueblos semi-civilizados ó bárbaros. Entonces quizás aparecerán claramente al lector las profundas razones de la impenetrabilidad de las razas.

CAPÍTULO IV

Razones psicológicas de la impotencia de la civilización europea para transformar los pueblos inferiores.

El estudio de los elementos diversos de una civilización, especialmente las instituciones, las creencias, la literatura, la lengua y las artes, demuestran que corresponden á ciertos modos de pensar y de sentir de los pueblos que los han adoptado y se transforman únicamente cuando esas formas de pensar y de sentir se modifican por sí mismas.

La educación no hace más que resumir los resultados de la civilización; las instituciones y las creencias representan las necesidades de esa civilización. Por tanto, si la civilización no está en relación con las ideas y los sentimientos de un pueblo, la educación que sintetiza esa civilización continuará aislada; del mismo modo que las instituciones correspondientes á ciertas necesidades, no podrán servir para necesidades distintas.

El mero sentido común demuestra fácilmente que la distancia mental que separa á los pueblos del Oriente—musulmanes é indo-chinos especialmente—de los del Occidente es demasiado considerable para que las instituciones de los unos puedan ser aplicadas á los otros. Ideas, sentimientos, creencias, formas de existir, todo difiere profundamente. Mientras las naciones del Occidente tienden cada